

**CAPITULO XVIII.**

Eficacia de los consejos de Felipe, contra las tentaciones y escrúpulos.

**E**RA tan conocida la caridad de Felipe, que las almas afligidas ocurrían á él, como por instinto, y nunca se iban de su presencia, sin que quedasen libres de sus penas, ó á lo ménos verdaderamente consoladas. Dejémos que hablen los hechos. Agitaba á un noble de Monte Policiano, una tentacion tan importuna como peligrosa. Su confesor, viendo que no podia librarlo de ella ni asegurarlo á lo ménos contra sus vehementes insinuaciones, le dijo un dia: "Solo conozco un hombre que pueda curaros, y es el padre Felipe; si queréis creerme id á verlo." Dócil á este consejo, fué á buscar al santo, le

descubrió su enfermedad, y le rogó le aplicase el conveniente remedio. ¡Cosa admirable! al momento sintió que se disipaban sus temores, y que renacía su casi estinguido valor. "Estoy curado, padre mio." exclamó lleno de gozo y de reconocimiento. En efecto, no volvió á ser molestado de aquella peligrosa tentacion.

Un soldado jóven, penitente de nuestro santo, fué asaltado de una de las mas peligrosas tentaciones. Hacia muy poco tiempo que se habia casado, cuando observó que un lacayo de un gran Señor pasaba con demasida frecuencia por su casa, mirando siempre á las ventanas. Poseido un dia de un exceso de zelo, aguardó á que pasase el lacayo, y le dijo con un aire amenazador, que se guardara de volver á pasar por allí. Este le respondió que sí lo haría, y en efecto continuó pasando segun su costumbre. El soldado, á quien esta tenacidad encendia en cólera aumentando sus zelos, se resolvió á matarlo. En este tiempo llegó no sé que festividad en que acostumbraba irse á confesar; pero su pasion le impedia disponerse como era debido para este acto sagrado; y por lo mismo juzgó conveniente no hacerlo: mas en esta lucha salió la gracia vencedora. Fué y se echó á los piés del santo, y con la franqueza de un verdadero soldado, le confesó su criminal resolucion. Felipe, pasándole la mano sobre la cabeza, como tenia de costumbre, le dijo: "Hijo, mió, no estais bien dispuesto: volved otra vez."



Al instante sintió este hombre una alegría interior que apagó el fuego de su pasión y le restituyó á su primera tranquilidad. “Esto es hecho, dijo para sí; que pase el lacayo las veces que le dé la gana.” Pero sea una casualidad, ó una nueva gracia, el lacayo no volvió á verse por allí: continuó el soldado confesándose con nuestro santo durante treinta años, y fué un santo bajo su dirección.

Otro penitente del santo resistía perdonar una injuria que otra persona le habia hecho. Viendo Felipe que nada podian para con este hombre todas sus razones, tomó en la mano un crucifijo, y dijo á este pecador endurecido: “Ved y considerad el ejemplo que os dió este buen Maestro, qué no solo perdonó á los que lo crucificaban, sino que tambien se dignó rogar por ellos á su Eterno Padre. Padre mio, exclamó, perdonadles porque no saben lo que hacen. Vos rezais cada dia, añadió el santo, la oracion del Padre nuestro, y ¿no conocéis, miserable, que en ella pedis, no vuestro perdón sino vuestra condenacion? Arrodillaos ante esta imágen de vuestro Dios moribundo, y decidle: Señor Jesus, es demasiado poco para mi salvacion, que hayais muerto una vez en medio de los mas acerbos tormentos; morid de nuevo si quereis que yo perdone á mi enemigo.” Fueron dichas estas palabras de una manera tan significativa, que el jóven quedó como mudo y poseido de un temblor universal. Luego que recobró el uso

de la palabra, dijo á Felipe entre lágrimas y sollozos: “Perdono, padre mio, perdono á este hermano, y haré en su obsequio cuanto me mandeis.”

Vino un dia Pedro Focili á confesarse con el santo, quien no quiso oirle y le reprendió fuertemente no sé por qué desobediencia. El jóven, cuyo orgullo aun estaba demasiado vivo, se resintió mucho de este recibimiento, y dijo para sí: “¿Qué quiere este padre decir con esto? creerá que no hay en Roma otro confesor como él.” Salió lleno de cólera y se fué á confesar con un padre de la Compañía de Jesus. Dado este paso, se encontró poseido de una profunda turbacion y de una tristeza tan amarga, que no le era posible hallar ningun reposo. A los dos dias le mandó decir Felipe que queria verlo, y luego sintió renacer la alegría en su alma. Llegado que fué á los piés del santo, le pidió perdón de su falta deshecho en lágrimas, ofreciéndole obedecerlo siempre en todo; lo que cumplió con toda fidelidad.

Isabel, condesa de Tipherne, hacia cuatro meses que le atormentaba noche y dia no sé que tentacion. Angel Vellio, su confesor, no pudiendo librarla de ella, le aconsejó fuese á manifestar su corazón al padre Felipe. Hizolo así; mas cuál fué su admiracion al oir á este hombre de Dios hablarle de su pena, ántes que ella le hubiera dicho una sola palabra. “Sois muy dichosa, hija mia, le dijo el santo, porque os persigue esta ten-



tacion tan pesada y peligrosa: consolaos, voy á decir la misa por vuestra intencion, y espero en Dios que no volverá á molestaros.” Efectivamente, mientras que el santo celebraba, el demonio dejó su presa y no volvió ya la tentacion. Llena de contento y de reconocimiento Isabel, cobró gran confianza en su bienhechor, y no quiso ya tener á otro confesor mas que á él.

Luego que Sixto V. ascendió al sumo pontificado, Gerardo Caraccio, que deseaba con ansia ser su boticario, encontró en Bernardino Cotta un temible rival. De las opuestas pretensiones de uno y otro, resultó una discordia que resolvieron terminar por medio de las armas. Espantada justamente la hermana de Gerardo de una resolucion tan homicida, se fué muy de mañana al Oratorio á pedir consejo al Padre Bordini su confesor; pero no encontrándolo se dirigió á Felipe y le hizo saber el cuidado que tenia. “Tranquilizaos, le dijo el santo, lo que temeis no ha de llegar á suceder.—Padre mio, añadió esta piadosa muger, yo querria hacer decir tres misas por este negocio.—Está bien, respondió Felipe, y yo tambien voy á aplicar otra por vuestra intencion; por lo demas no tengais cuidado: vuestro deseo es bueno y Dios os lo ha de conceder.” Consolada con estas dulces palabras, quiso oír su misa, la que concluida volvió para su casa. Mas ¿cuál fué su sorpresa al encontrar á su hermano rebozando de alegría? En aquel mismo instante acababa de sa-

ber qué su rival habia abandonado su pretension. “Es un milagro del Padre Felipe, le dijo ella: antes de decir la misa por el buen resultado de este negocio, me lo garantizó completamente.”—“No me sorprende esto, respondió Gerardo, derramando lágrimas; porque siempre he tenido á este hombre por un santo; pero desde hoy con mas razon, y mientras que yo viva no le tendré por otra cosa.”

Juan Bautista Magnano, camarista del Papa Gregorio XIII, perdió en el juego una cantidad considerable, lo cual lo conducia ya casi á las puertas de la desesperacion: mas quiso la Providencia que se encontrase con nuestro santo. Este, sin conocerle ni aun de vista, le detuvo y le dijo tomándole de la mano: “La pérdida que habeis sufrido no deja de tener remedio; venid conmigo, os confesaré y vereis lo que Dios hace en vuestro favor. Llevóle á la iglesia de S. Gerónimo y oyó su confesion, siendo esto lo bastante para restablecer la paz y la alegría en la alma de aquel hombre, quien no dilató en reponer sus intereses sin tener necesidad de volver á la casa del juego.

Un jóven eclesiástico de Roma, sabedor de que su padre habia caido en manos de unos bandidos, corrió al Oratorio para que Felipe lo encomendase á nuestro Señor. Este acababa de decir misa y se desvestia de los sagrados paramentos, cuando el jóven entró á la sacristía. Escuchó Felipe el motivo de su pena, con aquella compasion que le



era habitual, y le dijo: “No tengais cuidado, hijo mio, no tendrá novedad vuestro padre.” Sin embargo, aquel mismo dia recibió una carta por la que se le prevenia, que si no enviaba á los ladrones mil y quinientos escudos, harian morir á su padre. El pobre jóven, no sabiendo donde conseguirlos, volvió á ver al santo y le manifestó el apuro en que se hallaba. Viendo Felipe que solo un milagro podia remediar esta necesidad, se propuso conseguirlo de Dios; pero para que la gloria que de él resultaba no se atribuyese á su persona, dijo al jóven: “Id y encomendad este negocio á los padres Capuchinos.” Hizo lo que le mandaba y á pocos dias dejaron libre los ladrones á su padre, sin exigir rescate alguno.

Una princesa italiana habia ya diez años que padecia una tristeza de corazon que le hacia la vida muy amarga. Habiéndolo sabido Felipe, tal vez por revelacion, le escribió una carta muy consoladora; y apenas la leyó esta señora cuando desapareció su tristeza y se llenó de tan dulce alegría, que no la hubiera cambiado por todo un reino, segun ella misma decia. Desde entónces no cesaba de alabar públicamente al santo y de repetir que á él, despues de Dios, debia su felicidad.

Prudencia Diaz, noble señora española establecida en Roma, llevaba una vida muy desgraciada; pues agobiada por una dilatada série de calamidades, no disfrutaba de ningun reposo, no queria hablar con nadie, y la menor cosa la enfadaba. Un

dia que se hallaba atormentada de su melancólico humor mas de lo acostumbrado, se fué á la iglesia del Oratorio y se confesó con el Padre Angel Vellio, quien despues de oír el relato de sus pecados, que no tenian otro principio que su misma afliccion, quiso consolarla, pero no lo pudo conseguir. Le aconsejó volviese con frecuencia al santo tribunal, lo que ella no dejó de hacer; pero su carácter se hacia cada dia mas insoportable en lugar de mejorarse. Movidó á compasion y no sabiendo ya que hacer, la rogó fuesé á abrir su corazon al Padre Felipe, que estaba allí haciendo oracion cerca de su confesonario. Ella se dirigió en efecto hacia el santo, quien sin conocerla le dijo luego que la vió: “¿Aquí estaís vos, muger colérica; que siempre estais de mal humor?” Arrodiílaos y oid lo que os voy á decir. “Entónces le puso Felipe á la vista toda la historia de su vida, le indicó sus faltas, asi como tambien su remedio; en seguida oró por ella y con el dedo le hizo una cruz sobre su frente. Al momento se obró en su corazon una admirable mutacion. Su tristeza y su mal humor se disiparon y los remplazó una dulzura celestial. “Ahora bien, le dijo el santo ¿cómo os sentís, hija mia?—Muy bien padre mio, respondió ella.—Volved ahora, añadió el santo, á ver á vuestro confesor.” Despues de darle las gracias, con las lágrimas en los ojos, se volvió muy gozosa al Padre Vellio, y le dió parte de su prodigiosa y defintiva mutacion. Igual cosa acon-



teció á Livio de los Ursinos, á quien hacia muy desgraciado una viva inquietud. “Vuestro temor es quimérico,” le dijo el santo, y bastaron estas palabras para restablecer en su alma la mas perfecta tranquilidad.

Camilo Pamphili, padre del Papa Inocencio X, se acostó una noche con el espíritu preocupado á causa de un gran cuidado, y no pudo cerrar los ojos en toda la noche. A la mañana siguiente se fué á ver á Felipe para recobrar la paz de su alma; este le dijo luego que lo vió: “Seais bien venido Camilo; quiero me digais vuestro estado despues de una tan mala noche como habeis pasado.” Quedó maravillado Camilo al ver que le habia sido revelado á Felipe su interior; mas creció de punto su admiracion al notar la eficacia de estas palabras tan cortas, que le restituyeron la mas completa tranquilidad.

Un jóven romano, de una familia distinguida, se encontró con un hombre que él sabia estar poseido del demonio, y tuvo la imprudente curiosidad de preguntarle á cerca de su desgracia: esta pregunta irritó al energúmeno, quien le contestó con una voz de trueno y un rostro espantoso: “¿qué necesidad teneis de preguntarme todo esto, vos que como yo, estais tambien poseido del diablo?” Esta respuesta lo estremeció de pies á cabeza y le hizo tal impresion, que llegó á temer fuera verdad lo que acababa de oír; y cargó sobre esto de tal suerte su imaginacion, que al fin llegó á trastor-

narse su razon. Los exorcismos que en su locura se hizo aplicar, aumentaron el mal en vez de remediarlo: los médicos que le asistieron agotaron inutilmente los recursos de su facultad, y vino á parar en un estado horrible para su cuerpo y su alma. No dormia ni comia ya, y desesperaba completamente de su salvacion. Tenia una tia, oblata de la Tour-des-Miroirs, y vino á verlo un dia, y ya se retiraba llena de amargura, cuando le ocurrió el pensamiento de encomendarlo á la caridad de Felipe. Se fué derecho al Oratorio, y suplicó al santo se apiadase de aquel infeliz. Movido vivamente con la relacion que acababa de hacerle aquella muger, fué á ver al pobre jóven y le impuso las manos diciéndole: “Sosegaos, jamás habeis estado poseido del demonio.” Luego le hizo cantar para disipar su negra tristeza, y le invitó á que fuese á verlo á Vallicella.

El jóven, ganado por una bondad tan paternal, y ya consolado, no dejó de ir desde la mañana siguiente á ver á nuestro santo. Este, notando aun en él alguna tristeza y desconfianza, le abrazó y apretó tiernamente á su corazon. Ya he dicho mas de una vez cuán poderosas eran las emanaciones de aquel corazon abrasado de caridad. Experimentó esto aquel enfermo, pues al momento se sintió singularmente alegre y fortificado. “Ahora bien, le preguntó Felipe, ¿cómo os sentis?”—“No puedo estar mejor, padre mio, respondió el jóven; mi curacion es perfecta.” Quiso en-



tónces manifestarle su reconocimiento, pero el santo, que no podia sufrir las alabanzas, le dió una palmadita diciéndole: “Id, hijo mio, y no querais pecar.”

Domingo Saraceni, uno de los mas famosos médicos de su tiempo, se posesionó de una negra melancolía que le hacia ya insoportable la vida. Despues de agotar todos los recursos de su arte, sin experimentar alivio alguno, se fué á ver á Felipe, cuyo poder le era conocido, y le descubrió su pena: “Tened ánimo le respondió el santo, dándole un cariñoso abrazo, esta tristeza se va á acabar.” En efecto, desapareció desde aquel momento, y nunca mas volvió.

Julian Fuscherio, sacerdote de una encumbrada virtud, tenia un penitente á quien atormentaban los escrúpulos de un modo horrible; y despues de echar mano de todo vanamente para curarlo, tomó el partido de conducirlo al siervo de Dios, quien al verlo entrar, le dijo con una voz cariñosa: “¿Sois vos, hijo mio? seais bien venido, conozco perfectamente vuestro mal, son tentaciones las que os afligen; pero tened valor, van ya á terminar.” Diciendo esto lo abrazó, y le preguntó si queria confesarle sus faltas. “De muy buena voluntad, respondió; no es la vergüenza ni el temor lo que me impide decirlas; yo no puedo explicarlas.” —“Haced la prueba sin embargo,” le dijo Felipe. Se arrodilló y se confesó muy detenidamente, hasta que al fin le dijo nuestro santo: “Ya está;

no hay necesidad que os espliqueis mas.” Despues le mandó en penitencia que besase la tierra, le dió la absolucion y le despidió lleno de paz y alegría.

Un eclesiástico se habia persuadido, por un capricho de su imaginacion, que era indispensable la atencion actual para el rezo del oficio divino; y como le era imposible tenerla, el hombre se moria de afliccion. Se fatigaba terriblemente la cabeza, pasaba todo su tiempo rezando, y despues de todo creia no haber cumplido con el precepto. Luego que sus escrúpulos llegaron á su mas alto punto, se sintió fuertemente tentado de desesperacion; pero el Cielo vino á su socorro inspirándole recurriese á Felipe. Marchó al momento al Oratorio, y se presentó á la puerta del cuarto del santo; mas este le dió con ella en la cara, diciéndole: “No tengo tiempo de oiros; yo rogaré por vos.” Ignórase cual fué el motivo que tuvo para mostrarse tan poco comedido en esta ocasion: tal vez los escrúpulos de aquel hombre tenian su origen en algun secreto orgullo que exijia un remedio humillante. Sea lo que fuere, el pobre eclesiástico se fué sin quejarse, y tomó su breviario derramando lágrimas. Pero desde entónces desaparecieron sus escrúpulos y pudo rezar ya su oficio con una facilidad admirable. Hé aquí de paso, los remedios principales que este sabio médico prescribia á las almas escrupulosas.

1.º “Siempre que un escrupuloso en el momento que le asalta cualquiera tentacion se dice á



sí mismo: Me parece que resisto, ó que he resistido á esta sujestion; con esto basta, y no debe ya hacer mas exámen por ver si ha ó no consentido. 2.º Si en lo mas fuerte de la tentacion, echa de ver que su corazon se inclina aún á la virtud contraria, puede creer con certeza que no ha sucumbido. 3.º Si no está bastante seguro de haber consentido hasta el estremo de poderlo afirmar bajo de juramento, entónces no ha habido consentimiento: esta es una cosa ciertísima. 4.º Todo escrupuloso debe sujetar su juicio y voluntad á la autoridad del confesor y despreciar los vanos terrores de su conciencia. 5.º Es conveniente obligar de cuando en cuando á estas pobres almas á que comulguen sin confesarse. 6.º Solo la humildad puede curar radicalmente esta enfermedad tan penosa y peligrosa.”

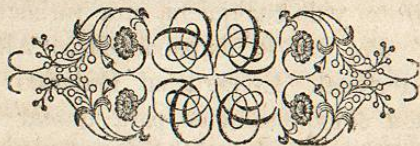
Volvamos ya á nuestra narracion. Quiza nunca hubo hombre que poseyese en tan alto grado el don de consolar y alentar á las almas. Todo en él producía estos efectos maravillosos: sus palabras, su ademan, y aun su mismo aspecto. Esto está probado por las deposiciones de respetables y numerosos testigos. Tiverio Ricciardelli decia despues de la muerte del santo, que siempre que le tocaba el pelo, experimentaba un consuelo indecible. El cardenal Baronio afirmaba que las palmaditas que le daba de chanza su buen padre, producian en él un efecto semejante. El cardenal Baudini daba un testimonio análogo, y casi todos sus penitentes

confesaban que era bastante que él pusiera la mano sobre sus cabezas, para que los inflamase hasta el punto de hacer saltar sensiblemente sus corazones. Peregrino Altobello, canónigo de San Márcos, interrogado como testigo, declaró lo siguiente: “Me causaban interiormente tal placer sus conversaciones, que me costaba mucho trabajo separarme de él. Siempre que le encontraba en la calle, me cogía la cabeza entre sus manos, preguntándome por mis cosas, y sentía yo una alegría indecible, aspirando al mismo tiempo un olor celestial que exhalaba su cuerpo. Me acuerdo particularmente que un dia le encontré cerca del palacio del cardenal Sforze, y me cogió de las sienes, segun lo acostumbraba, diciéndome: ¿Adónde vaís, santo hombre Peregrino? Esta cariñosa accion produjo en mí un consuelo tan inefable, que no sabia yo ni donde estaba, ni qué hacía.”

Su cuarto tenía la misma virtud que su persona. Bastaba entrar en él para verse uno libre de la tristeza y de cualquiera otra turbacion espiritual. Por eso le llamaba Marco Altieri el paraiso terrenal. El cardenal Federico Borromeo, iba á él expresamente para buscar allí la alegría. El cardenal de Médicis, despues Leon XI, pasaba en él por lo ménos seis horas cada semana, halagado de las dulzuras que en él experimentaba. Los que por discrecion no querian entrar, sentian los mismos efectos con solo arrimar-



se á la puerta. Fabricio de Massimi, nunca dejaba en sus tristezas de venir á buscar su remedio en aquella puerta, de la que nunca se separó desconsolado. El cardenal Cusana, le encontró en ella un dia de centinela, y le preguntó porqué no entraba: “¿Para qué, le respondió, he de interrumpir al padre? yo encuentro aquí el consuelo que busco, y esto me basta.” Neri de Nigri, aun despues de la muerte del santo, no dejaba de venir á su cuarto siempre que tenia alguna afficcion, y recobraba en él al momento toda su tranquilidad. No sé yo de ningun otro santo que haya recibido de Dios un don como éste, á lo ménos en un grado tan extraordinario. Dios nuestro Señor se gloria en prodigar de diversas maneras, sus preciosos favores á sus escogidos.



~~~~~

## CAPITULO XIX.

Tierna caridad de Felipe para con los pobres, ó por mejor decir, para con todo el mundo.

—————

**H**ASTA aquí hemos visto el celo del siervo de Dios, en trabajar por el bien de las almas; vamos ya á ver su tierno cuidado en remediar las necesidades corporales del prógimo; porque este hombre estaba dotado de una verdadera caridad, y esta virtud comprende á todo el hombre. Cuando se le llamaba á ver algun enfermo, despues de poner su alma en buen estado, se encargaba de su cuerpo, llamando á un médico que lo curase, y proporcionándole las medicinas necesarias. No satisfecho con remediar las miserias que llegaban á su noticia, salía de casa en busca de las necesidades ajenas y no era raro que Dios se las manifestase por re-